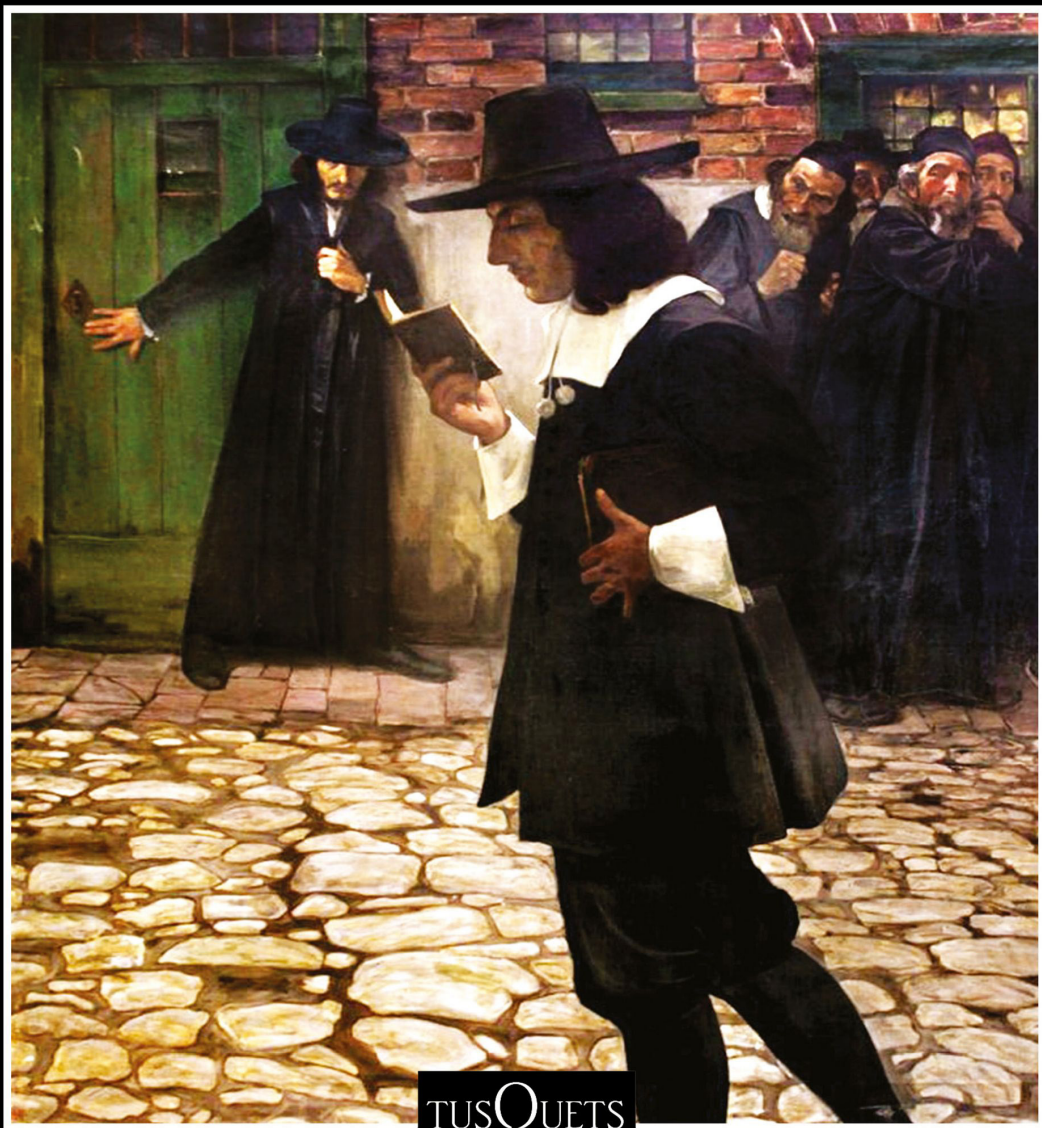


Enrique Krauze

SPINOZA EN EL

PARQUE MÉXICO

colección andanzas



ENRIQUE KRAUZE
SPINOZA EN EL PARQUE MÉXICO

Conversaciones con José María Lassalle

TUSQUETS
EDITORES

Primera parte
ORIGEN Y FORMACIÓN

I. Raíces

Estudio de la calle Ámsterdam, Ciudad de México

Ámsterdam

Enrique, yo te propuse escribir tu biografía intelectual, tú preferiste contármela como te contaban la suya los personajes que entrevistaste para tus libros. Y elegiste hacerlo aquí, en tu estudio en la calle de Ámsterdam, una peculiar avenida de la Ciudad de México que entiendo ha sido un lugar entrañable en tu vida. ¿Por dónde empezamos?

Por la significación que tiene para mí vivir acá, José María, tan cerca del Parque México. Hace unos años me mudé al escenario de mi infancia. La primera década de mi vida transcurrió aquí, en el perímetro de unas cuantas cuadras en cuyo centro está el Parque México. Abro la ventana, y veo el edificio frente al parque, donde vivían Dora y Abraham, mis bisabuelos maternos. A unos cien metros, en esta misma avenida Ámsterdam, está el modesto departamento que habitaron mis abuelos Eugenia y José Kleinbort. Poco más allá, en la calle Chilpancingo, se encuentra la casa de mis abuelos Clara y Saúl.

Un barrio judío...

Desde finales de los treinta hubo un éxodo de muchos judíos del Centro Histórico a esta colonia. Aquí construyeron sinagogas, centros sociales, escuelas religiosas y, no muy lejos, el cementerio. Yo nací y crecí aquí, con mis padres y mis hermanos. En los años cincuenta, cada domingo, toda la familia, incluidos tíos y primos, se congregaba en el Parque México.

Ahora esta zona es como un barrio hipster, con bares, restaurantes, cafés.

Y, sin embargo, el Parque México es todavía uno de los espacios tradicionales de asueto en la ciudad. Es mucho menos antiguo que la Alameda y otras plazas del Centro Histórico, que datan de tiempos virreinales. No se diga el prehispánico Bosque de Chapultepec. Nuestro parque es pequeño y no tiene tanta alcurnia, pero ya va a ser centenario y, como tantos sitios en México, está lleno de historia. En tiempos de Porfirio Díaz esta zona fue un hipódromo. Un «Auteuil mexicano», en el que paseaba la exigua aristocracia de entonces. El parque era el centro y esta calle de Ámsterdam era la pista de carreras que lo rodeaba, por eso es la única avenida elíptica de la ciudad. El hipódromo dejó de operar y, después de la Revolución, la zona comenzó a urbanizarse. En el parque se construyó un parainfo que aún se conserva, con pinturas del muralista Roberto Montenegro. En los senderos de tierra se colocaron fuentes rocosas, bancas arboriformes, unos curiosos letreros de concreto con mensajes ecológicos y un gran estanque de patos. Cuando yo era niño este barrio era como un pequeño pueblo típico de México, con tiendas de abarrotes, papelerías, tintorerías, boticas, heladerías, peluquerías. Mi propia historia no se entiende sin este escenario. Te propongo que más tarde recorramos el parque. En esas bancas, mi abuelo Saúl Krauze predicaba a sus amigos el evangelio según Spinoza.

¿Por qué Spinoza?

Es una larga historia, José María. El spinozismo era para él una especie de religión. Tanto, que hasta pensaba yo en mi abuelo como «el Spinoza del Parque México».

Spinoza, el gran heterodoxo.

Heterodoxo de esa heterodoxia que es el judaísmo. Pero heterodoxo también porque no se entregó a ninguna ortodoxia. Quedó en los márgenes donde podía pensar en libertad, donde podía pensar la libertad.

¿Te sientes un heterodoxo?

La heterodoxia es una categoría histórica del ámbito religioso.

En ese sentido no soy ni puedo ser ni me siento heterodoxo. Pero ser judío es ya una forma histórica de heterodoxia. Al menos desde hace dos milenios.

Publicaste hace décadas un libro de ensayos titulado Textos heréticos, con imágenes extraídas de una obra sobre la Inquisición en México. En la portada un reo con un sambenito escucha el sermón que lo exhorta al arrepentimiento. Y un epígrafe que no olvido: «Debe haber herejes». No siempre un heterodoxo es un hereje, pero a veces sí.

Estábamos en medio de una de las batallas de ideas que sostuvimos en la revista *Vuelta* donde defendíamos la libertad y la democracia contra la ideología hegemónica que era una mezcla de estatismo nacionalista y marxismo. Y como era yo un blanco de ataques, se me ocurrió el título. La cita en latín es *oportet et haereses esse*: es necesario que haya herejes. Mi amigo Fernando García Ramírez hizo el índice con la retórica del Santo Oficio. Y sugirió las imágenes que provienen de un famoso «Libro rojo» publicado en el siglo XIX sobre los procesos de la Inquisición.

Pero aludía a tu condición judía.

Era un juego literario, y no lo era. Nadie me atacaba por ser judío, pero supongo que esa andanada (una de muchas) me remitió vagamente a la historia de los judíos en España, que tuvo su dramática secuela en México. Este país es una zona arqueológica del judaísmo. En la era virreinal hubo aquí una nutrida comunidad de judíos cuyos padres o abuelos habían sido expulsados de España en 1492 y se habían refugiado en Portugal, donde debido a la conversión forzosa, a la prohibición de emigrar y a la Inquisición, la condición de los judíos fue aún más angustiosa que en su natal España. Desde el siglo XVI y a lo largo del XVII, algunos lograron salir de Portugal y refugiarse en ciudades italianas como Ferrara, Livorno, Venecia, o en Holanda y sus dominios de América (las Antillas, Nueva Ámsterdam), donde podían ejercer su religión con libertad. Pero no pocos se arriesgaron a llegar a Nueva España, donde practicaban en secreto la herejía mayor, «la ley de Moisés», como se decía entonces. El Archivo General de la Nación

contiene tesoros documentales de esa colonia criptojudía. Yo he consultado las conversaciones que mantenían los presos en las mazmorras de la Inquisición, transcritas literalmente por los escuchas. Esa comunidad fue extinguida en varios autos de fe, sobre todo en el más famoso de 1649.

Los muchos éxodos de Sefarad.

Como el éxodo de la familia de Baruch Spinoza expulsada de España, que vivió en Portugal, y finalmente, tras más de un siglo, se estableció en Holanda. A veces pienso que los Spinoza pudieron haber arribado a Nueva España en vez de a Ámsterdam, en cuyo caso la historia de la filosofía en Occidente habría sido distinta. Imagínate, Baruch Spinoza quemado vivo en 1649, a sus diecisiete años, en la hoguera que se encontraba cerca del centro de la Ciudad de México.

Y pasó mucho tiempo para que los judíos volvieran a México.

Tres siglos. Al arranque del siglo xx los judíos comenzaron a llegar, primero de Levante* y después de Europa del Este** y Rusia. En una de esas olas tardías, a principio de los años treinta llegaron de Polonia mis bisabuelos maternos, mis cuatro abuelos y mis padres. Ya no los expulsó solo la intolerancia religiosa, como en España en 1492, sino la persecución integral: histórica, racial, nacional y religiosa. Los expulsó el antisemitismo. Después de la Primera Guerra Mundial se recrudeció en Polonia ese antiguo prejuicio de origen medieval y decidieron emigrar. Y en toda Europa, en especial en Alemania, había signos ominosos. Sabían que la cuota de inmigración en Estados Unidos había llegado al límite en 1924. Entonces optaron por México, donde tenían ya algunos amigos. Al llegar, se dispersaron por el país, pero la mayoría se estableció en el sitio exacto donde vivieron hacía tres siglos los criptojudíos portugueses, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, alrededor de la Plaza Mayor, la Catedral y el Palacio

* Siria y Turquía.

** Polonia, Ucrania y Lituania.

Nacional. A ese barrio llegaron las dos ramas de mi familia. Mi padre me contaba que su lugar preferido para jugar era la hermosa Plaza de Santo Domingo, que es el antiguo atrio de ese convento. Bajo sus arcadas se instalaban pequeñas prensas de imprenta para que la gente encargara sus invitaciones de bodas, tarjetas, cartas de amor... Bueno, pues en esa misma plaza, en el costado norte, está el edificio que albergaba el tribunal de la Santa Inquisición. Ahí estaban las celdas y mazmorras donde se confinaba a los herejes. Y de ahí salían las procesiones cruzando la ciudad hasta las afueras, donde los quemaban. Hay crónicas puntuales de esos hechos. Son escalofriantes.



Mis bisabuelos Dora y Abraham Firman, una mañana en el Parque México.

Me pregunto si los inmigrantes judíos de Europa, como tus padres y abuelos, tenían conciencia de esas capas históricas que habitaban.

No creo. Quizá sabían vagamente que en España, hacía muchos siglos, los judíos habían debido convertirse al catolicismo o abandonar su hogar centenario. Quienes permanecían en una posición ambigua, ocultando su fe –los criptojudíos, llamados «marranos»–, lo hacían a riesgo de ser descubiertos y morir. Toda su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, era un acto forzado de disimulo. Solo en el hogar eran libres, y ni ahí, porque las paredes oyen. Una vida insostenible. En Polonia, mis abuelos y sus pequeños hijos no ocultaban su fe, pero eran objeto de un hostigamiento físico y verbal

continuo. «Judío, lárgate a Palestina.» Hasta mi madre, de niña, escuchó esa frase, y no la olvidó. También esa vida era insostenible. Por eso bendijeron siempre a México, la tierra donde podían vivir y ser en libertad.

Hace unos días estuve en Matajudaica, pueblecito del Bajo Ampurdán, en Gerona. La herencia sefardí se palpa en el horrible topónimo, pero también en la abundancia de granados, que florecen en los jardines de muchas casas. Una herencia secreta, escondida, de aquellos judíos que los cultivaron para disfrutar de las granadas que acompañaban muchas de sus celebraciones. Todavía se ven. Especialmente en Matajudaica, como si fuera un testimonio cabalístico, oculto a la mirada de quien no ve porque no puede descodificar una herencia que sigue viva, alojada en los 613 granos de la granada: el símbolo de los 613 mitzvot o preceptos de la Torá. ¿Hay pueblos con granadas en México?*

No que yo sepa. Hay diversas huellas físicas y culturales de esas comunidades criptojudías en el Occidente de México y en el remoto septentrión novohispano. La ciudad de Monterrey, se sabe de cierto, fue fundada por judíos. Pero ese pasado se desvaneció, no forma parte de la cultura mexicana.

La nueva oleada europea, a la que pertenecía tu familia, sí tuvo la oportunidad de echar raíces.

Y de vivir en libertad. Esa palabra lo resume todo, José María: libertad. En una conversación que Helen, mi madre, grabó con mi abuelo Saúl, este le dijo, con su español quebrado: «¡Yo busqué la libertad! ¡Yo *estaba* amante de la libertad! ¡Yo quería vivir libre, aunque coma una vez al día, pero que sea libre!». Y México le dio la libertad. Aquí los judíos podían moverse con libertad, pensar con libertad, hablar con libertad, profesar su religión con libertad. México fue un puerto de abrigo para los judíos hasta mediados de los años treinta, cuando el país se cerró para ellos. Pero los que tuvieron la suerte de entrar echaron raíces muy pronto. Comenzaron

* Por eso comer granada en Rosh Hashaná –el Año Nuevo judío– es el modo de pedir que cada día del año sea dulce.

a ejercer libremente sus oficios y profesiones, y a enviar a sus hijos a la escuela. Bendecían el clima natural, pero más el clima humano. Casi no podían creer la calidez, la hospitalidad y la cortesía del mexicano común. En México podían respirar sin sentir el odio milenarista contra ellos. Hubo, es verdad, episodios antisemitas en los años treinta, pero azuzados por un sector germanófilo de la clase media, no por el pueblo. La educación sentimental de la familia me dejó una huella profunda, pero no me he detenido a escribir sobre ella. He escrito sobre el tema judío: ensayos sobre la historia del antisemitismo en el orbe hispano, un texto sobre las claves bíblicas con las que los primeros cronistas dominicos y franciscanos leyeron al México indígena, y varios otros más. Pero no los he reunido en un libro. El motivo es claro: soy un historiador mexicano y mi tema es México. Ahora podemos evocar esa otra historia.

¿No habrás tenido tú mismo un síndrome de ocultamiento de esa educación sentimental?

De ningún modo. Nunca he ocultado ser judío. Pero el vínculo con mi pueblo milenarista está en los libros. Es el humanismo judío lo que me interesa, su historia y su literatura, no tanto sus ritos, su



Esta reliquia, quizá criptojudía, es un tabernáculo con las tablas de Moisés que perteneció a mi padre.

ortodoxia, menos aún sus pasiones mesiánicas o nacionalistas. Guardo lealtad a mis antepasados, pero socialmente preferí habitar las orillas del mundo judío. Estando en la periferia puedes encontrar un margen mayor de libertad. Puedes mirar mejor el centro. Y sin embargo, a estas alturas de mi vida me he mudado aquí, a mi escenario de origen, a la calle de Ámsterdam. Acá tengo mi biblioteca de temas judíos y junto a ella la biblioteca literaria e histórica de mi abuelo en idioma ídish. Yo les puse casa a esos libros aquí, en este estudio.

Ámsterdam, ya veo, es tu recinto judío.

Mi vuelta al origen.

México de mis recuerdos

Entonces tus abuelos y tus padres descubrieron en México una vida en libertad...

Para los abuelos, no se diga para mis bisabuelos, todo debió ser nuevo. El cielo soleado, el clima templado, el lujurioso paisaje, la variedad de flores, las frutas, los sitios de recreación y las aguas termales, el horizonte volcánico, las estaciones suavemente marcadas, la ausencia de nieve, el colorido de la ropa típica. Lo que pudieron adoptar lo adoptaron: las fiestas del Día de las Madres, los rebozos y hasta las celebraciones patrióticas. Mis padres llegaron siendo muy niños, y casi de inmediato hablaron la nueva lengua, hicieron amigos, fueron a escuelas públicas, jugaban a la lotería y se adiestraron en juguetes mexicanos como el balero o el trompo. Yo ya no tuve que aprender todo aquello porque nací en ese nuevo mundo. Cuando yo era niño habían transcurrido apenas dos décadas desde el arribo de mi familia a Veracruz, pero mi impresión, basada en mis recuerdos y los documentos que fui recolectando desde joven, es que fueron dichosos. La sombra mayor que los perseguía –sombra no exenta de culpa– era la conciencia de haber dejado a tantos miembros de sus respectivas familias

en Polonia, donde con certeza habían sido exterminados. Pero yo apenas la percibía.

Y tu vida en el México de los cincuenta, ¿cómo la recuerdas?

Una vida mexicana, como tantas. Mi sueño era vestirme de charro, y mi padre me lo cumplió a los cinco años. Un traje café muy claro, con botonaduras de plata y sombrero, como Jorge Negrete. Era mi ídolo. Recuerdo que lloré cuando murió súbitamente en 1953. Y comencé a ver las películas de lo que se llamó la «Época de Oro» del cine mexicano en las que salía Jorge Negrete con María Félix y Gloria Marín. El cine mexicano consagró a figuras que todos en México seguimos amando: Pedro Infante, Joaquín Pardavé, los hermanos Soler. Historias de galanes y villanos, pobres y ricos, figuras del campo y la ciudad. Fue un buen cine el de esos tiempos. No inferior, creo yo, al neorrealismo italiano. Con un fondo de inocencia pero también de drama auténtico. En esta inmersión natural en la cultura popular y, en tantas cosas, fue importante la presencia de Petra Carreto, la «nana» de Jaime y Perla, mis hermanos menores. Nana es una palabra clave en el vocabulario mexicano: es la que cría a los niños. Petra provenía de Atlixco, Puebla. Era nuestro tenue vínculo cotidiano con el México indígena: mascullaba palabras en náhuatl (sobre todo insultos o maldiciones), era un refranero andante, a la menor provocación le brotaban expresiones que con frecuencia me asaltan y hacen sonreír. Cantábamos boleros de moda y canciones de Agustín Lara. Visto a la distancia, la radio, más que el cine, fue mi bautizo cultural mexicano. Y fue el gran crisol cultural de México. La estación radiofónica XEW, «la voz de la América Latina desde México», unió musicalmente la variada geografía de México. Y, en efecto, llegaba a toda América Latina. El radio era el personaje central de la casa. Ni siquiera la televisión lo desplazó. En casa estábamos a la escucha, por ejemplo, de las canciones de Gabilondo Soler, apodado «Cri-Cri, el Grillito Cantor», que fue un genio literario y musical de una imaginación mayor que la de Disney. Imagínate *El carnaval de los animales* de Saint-Saëns o *Pedro y el lobo* de Prokófiev, pero multiplicado en cientos de canciones, géneros, ritmos y tonadas. Un zoológico humano no inferior

a las *Fábulas* de Esopo, y musical por añadidura, en el que cada cuento era una historia con moraleja. Mis padres me cantaban las canciones de Cri-Cri, yo se las canté a mis hijos y ahora ellos a mis nietos. Y luego, ya cerca de la adolescencia, escuchaba por radio las canciones románticas de María Grever, compositora mexicana que conquistó Broadway en tiempos de Cole Porter e Irving Berlin.

Pero había una zona intraspasable, ¿no es cierto? La religión católica.

Intraspasable. Inescrutable. Vagamente temible. Sobre todo ajena. Nadie en mi familia o mi escuela hablaba de ella ni podía hablar. Solo la religión y sus rituales nos separaban del resto de los mexicanos: bautizos, comuniones, matrimonios, plegarias, muertes. Pero la fe y sus expresiones estaban en todas partes: en las iglesias y procesiones, la imagen de Jesús y los santos, la Semana Santa y el Miércoles de Ceniza, el Día de Muertos, la veneración por la Virgen de Guadalupe. En la Navidad, todas las casas se iluminaban con foquitos, y adentro, en la sala, brillaba el árbol. En la nuestra no. Yo no lo resentía, lo aceptaba, aunque era la muestra inequívoca de que éramos diferentes. Ni inferiores ni superiores, solo diferentes. Cuando acudí a una posada en mi adolescencia, no entendí su significado. Y cuando, a mis diez años, un amigo de mis padres me felicitó por el día de «San Enrique» (que era el 15 de julio), les reclamé: ¿por qué no me habían dicho que yo tenía un «santo»? Al mismo tiempo, a mis viejos les conmovía la índole espiritual del pueblo mexicano. Mi bisabuela me señaló una vez con respeto el modo en que un humilde campesino se quitaba el sombrero y se postraba a la entrada de una iglesia.

Les estaba vedada, o se vedaban, una parte central de la cultura mexicana, pero era natural. Tan natural como una separación o una confrontación milenaria.

Pero en México existía una convivencia respetuosa y pacífica. Mis abuelos no se cansaban de resaltar esa convivencia como algo que apenas podían creer. Convivencia humana y convergencia cultural iban de la mano. México era un crisol. México estaba presente en varias otras dimensiones de la cultura. La comida mexicana, con

sus chiles y sus moles, sus dulces y guisados, tan distinta a la magra comida judía, era la habitual en casa. México era obviamente la lengua en la que hablábamos con sus dichos y refranes que llegaría a leer pronto en un libro que me encantaba: *Picardía mexicana*. México era un valor tan inmediato y omnipresente que no nos preguntábamos por él. Y si no participábamos en la religión católica de México, sí en su religión cívica, que es su historia. Transmitir ese catecismo era obra de la escuela: las estampitas de los héroes que comprábamos en la tienda para llenar nuestros álbumes o para hacer la tarea, y las fiestas cívicas: el natalicio de Benito Juárez; la batalla del 5 de mayo; el 16 de septiembre, Día de la Independencia (incidentalmente, mi cumpleaños). Eso y tanto más era México, tal como lo recuerdo y lo viví.



Mi abuela Gueña (tercera a la derecha) y mi abuelo José (a su lado) una mañana en Xochimilco.

No sé si con colores románticos, me estás delineando una infancia nacionalista.

Más que nacionalismo, participábamos de una forma inocente de mexicanismo cultural, de patriotismo. El país miraba hacia dentro y hacia atrás. Hacía apenas treinta años que había concluido la Revolución. Sus mitos y personajes seguían vivos en la memoria colectiva y el cine nacional los recreaba. Me atraía mucho la «historia patria», así se decía. Quizá te hará gracia, pero lo que despertó de niño mi curiosidad por la historia mexicana fue un programa de radio: *La Hora Nacional*. Se transmitía todos los domingos a las diez de la noche. Incluía canciones, dramatizaciones y anécdotas sobre personajes de la Independencia, la Reforma y la Revolución. Ese programa me inspiró en la infancia amor por los personajes

históricos. Un poco después tomaba el tranvía que llevaba al Centro Histórico para deambular libremente por sus calles.

Ese lugar es historia viva a cada paso. Los españoles que han olvidado la dimensión americana de su historia no entienden a qué grado España está presente en América, sobre todo en México, sobre todo en el Centro Histórico de México.

El Centro Histórico ocultaba entonces los vestigios de la gran civilización mexicana, pero la presencia virreinal y la del México independiente te salía a cada paso, a pesar de muchos adefesios arquitectónicos de la modernidad, de la destrucción del tiempo y la incuria. Era la Ciudad de los Palacios. «La muy noble y leal ciudad de México», como aún se decía. De joven leía las placas conmemorativas de personajes o hechos memorables: «aquí vivió Lucas Alamán», «aquí estuvo la primera imprenta de Juan Pablos». Y entraba en las iglesias, en particular en San Francisco o la Enseñanza. No conocía la historia sagrada ni sabía interpretar los retablos, pero amaba su atmósfera de recogimiento. Mucho tiempo después comprendí la nostalgia que desde su exilio sintió Alfonso Reyes al recordar la piedra rojinegra de tezontle en los viejos edificios coloniales de la ciudad. ¿A qué atribuía ese gusto por la historia mexicana? No me hacía esa pregunta. Estaba inmerso en él. No sé si tenía algo particular, pero sé que mis amigos de la escuela no lo compartían. Ahora veo a ese hijo y nieto de inmigrantes y me doy cuenta de que quería, sencillamente, integrarse, ser igual que los demás, ser mexicano como los demás. En una palabra, pertenecer. Y para eso, antes que los valores, el arte o la arquitectura, lo mejor era convivir con la gente. Yo tuve la fortuna de tener ese contacto, quizá no íntimo, pero sí real y continuo por muchos años, trabajando junto con los obreros de la imprenta de mi padre.

Nunca, que yo recuerde, has escrito de esa experiencia.

No he tenido ocasión de contarla. Esa imprenta, José María, fue el escenario favorito de mi infancia y temprana juventud. Mi abuelo tenía su sastrería y enseñó el oficio a su hijo Moisés, mi padre. Trabajaron juntos varios años mientras mi padre estudiaba. Terminó la carrera de ciencias químicas y quiso ser empresario. Hacia 1944, él y su amigo Alfonso Mann compraron una pequeña prensa y poco a poco el negocio comenzó a prosperar, hasta convertirse en una litografía de cierta importancia. Estaba en el sur de la ciudad, en el viejo barrio de Coyoacán. Se llamaba Etiquetas e Impresos. Mi padre había trabajado desde niño en la sastrería y me indujo esa devoción por el trabajo. Guiado por don Ismael Ramírez (el maestro de producción de la imprenta) aprendí las distintas fases del proceso. Tenía una relación de gran afecto con los trabajadores. Desde los siete años dedicaba las vacaciones a trabajar en la imprenta. Era mi vínculo principal con mi papá, un vínculo que duraría toda su vida activa. Yo admiré y quise mucho a mi padre. Trabajé junto a él hasta los años noventa. Murió en 2007.

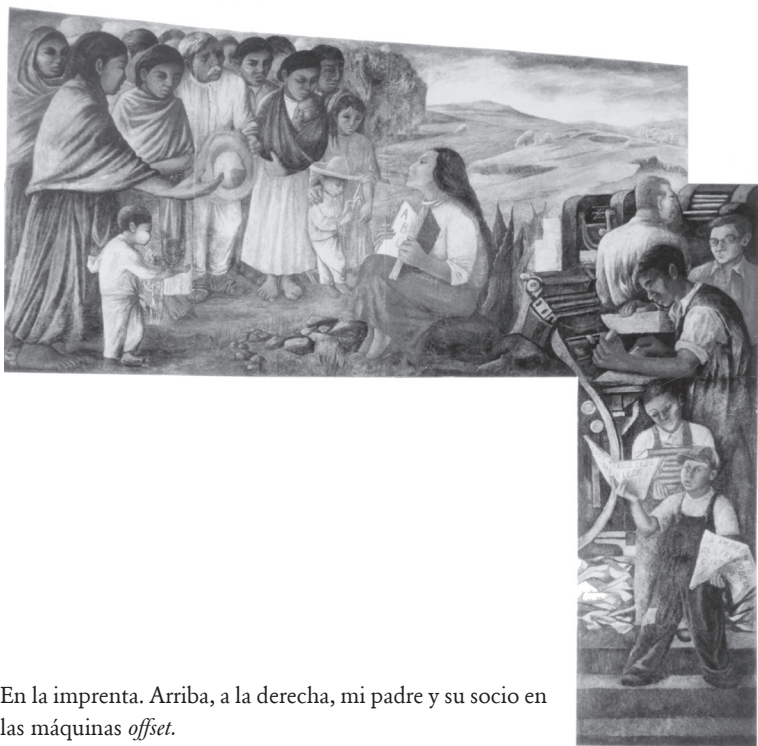
¿Cómo era ese trabajo?

Llegábamos antes de las ocho. Siempre me quedaba viendo un ratito el mural de la entrada, al aire libre. Era muy raro que una fábrica tuviera uno, como los de Diego Rivera. Mi papá pasaba a su oficina, y yo iba a «chechar tarjeta» y a comenzar mi jornada. Recuerdo todo el proceso: la bodega de papeles, tintas y cartones; el fotolito, donde se revelaban negativos y hacían las placas; las prensas *offset*, las suajadoras, las guillotinas, las pegadoras, las grabadoras. Pero sobre todo recuerdo a cada uno de los obreros en sus máquinas. Recuerdo sus nombres y apodos («el Mamut», «el Burro», «el Chupiro»), en qué máquina trabajaba cada uno, su humor, su carácter, sus historias personales, sus dichos, sus «chanzas». Me gustaba particularmente montar tipografías, labor que me enseñó Chucho García, a quien aún veo. Muchos venían de la provincia y me contaban sus historias. Con ellos iba a comer a las fondas cercanas y en las noches me

llevaban al box, a la lucha libre y al fútbol. Me enseñaron a «alburear». Lo idealizo, seguramente, pero sentía que no me trataban como al hijo del dueño (al que llamaban «el ogro») sino como su compañero.

¿Por qué se le ocurrió a tu padre encargar un mural? ¿Qué representaba?

Mi padre estudió en la Escuela Nacional Preparatoria que en tiempos virreinales fue el antiguo colegio jesuita de San Ildefonso. Uno de los edificios más bellos de la ciudad. En 1922 el ministro de Educación José Vasconcelos encomendó a los muralistas José Clemente Orozco y Jean Charlot pintar los muros de la escuela con su visión sobre la Revolución y la historia mexicana. En un edificio muy cercano, Vasconcelos hizo un encargo similar a Diego Rivera: pintar su versión de la epopeya revolucionaria. Mi padre, como toda su generación preparatoriana, creció contemplando esos murales. Además, era amigo de Guadalupe Rivera, la hija de Diego. Me contó que iban juntos a visitar a Diego que pintaba entonces los murales en el Palacio Nacional. En un viaje a Guadalajara, Lupe le presentó a Orozco, que pintaba los murales del Hospicio Cabañas. Me contó que Orozco era difícil y algo hosco, mientras que Diego era expansivo y afable. Ese es el antecedente. En 1952 mi padre encomendó el mural de su fábrica a la pintora Fanny Rabel. Proveniente de Polonia, como mis padres, Fanny era una militante de izquierda, muy amiga de Frida Kahlo y discípula directa de Diego Rivera. El mural representaba una variación de *La maestra rural*, el famoso fresco en la Secretaría de Educación Pública: en un árido paraje del campo mexicano, como en una misa cívica, un público respetuoso y atento escucha a la maestra: un viejo campesino con su sombrero en mano, una mujer con su bebé bajo el rebozo, hombres circunspectos, mujeres descalzas, un niño con una hoja de maíz. Era la imagen del pueblo. Pero al lado, en vez del guardia rural de la escena original, destacaban las prensas de pie y las máquinas *offset* en plena producción de unas publicaciones. Mi padre y su socio Alfonso aparecían también, trabajando con los obreros. En el extremo inferior un humilde niño vestido de overol y con cachucha voceaba los impresos que llevaba en sus manos. Podrían ser periódicos o revistas. En uno de ellos se leía: «La imprenta al



En la imprenta. Arriba, a la derecha, mi padre y su socio en las máquinas *offset*.

servicio de la cultura». Yo sueño con esa imprenta. Han pasado casi setenta años desde que comencé a trabajar ahí, y nunca dejé de frecuentar a los obreros. Aún veo a los pocos sobrevivientes.

¿Qué ocurrió con el mural?

Hace unos años lo recobré. Está en mis oficinas de la revista *Letras Libres* y la editorial Clío. Ahí me saluda cada mañana, como entonces.

Colegio Israelita

¿Tuviste una educación laica o religiosa? ¿Dónde estudiaste?

Estudié desde el kínder hasta la preparatoria, de 1952 a 1964, en el Colegio Israelita de México. Ocho horas diarias de lunes a

viernes, toda la infancia y adolescencia. Fue fundado en 1924. Pertenecía a la vertiente ashkenazí de la comunidad judía mexicana, es decir, la proveniente de Rusia, Polonia, Lituania, Ucrania y, en general, la Europa del Este. Había otros colegios de la vertiente sefardí que había llegado de Grecia y Turquía, y otros más, de una anterior, originaria de Alepo o Damasco. Había también colegios que impartían clases en hebreo (no en ídish, como el nuestro) y varias escuelas religiosas. Nuestro colegio era el más antiguo. Era un trasplante de escuelas similares que habían existido en Polonia o Lituania en el período de entreguerras, en las que se enseñaba la cultura nacional y universal junto con los temas judíos. Era laico y de vocación humanista. Originalmente estuvo en varias sedes del centro pero finalmente, en 1938, se mudó al edificio donde yo estudié (y mi padre también), en el sur de la ciudad. Hoy es la sede de la Universidad de la Ciudad de México. A los profesores de temas judíos (lengua y literatura ídish, e historia judía [*Idishe Geschijte*]) los recuerdo ya viejos, algunos paternos y pacientes, otros muy amargados. Eran inmigrantes recientes y ve tú a saber las penas que escondían. La inmensa mayoría de los alumnos era judía, chicas y chicos de clase media, hijos de pequeños comerciantes, unos cuantos profesionistas y pocos industriales.

Pero la escuela, me dices, impartía cursos generales, no solo de temas judíos.

El ochenta por ciento del currículo era idéntico al de las escuelas oficiales: materias universales y nacionales. Había maestras de los tiempos de Porfirio Díaz, como la estrictísima Amalia Corona, que nos daba pellizcos y reglazos y nos ponía orejas de burro, pero vaya que nos enseñó bien a leer y contar. Otras maestras eran de la época dorada del secretario de Educación José Vasconcelos en los años veinte, como Rosario María Gutiérrez Eskildsen, profesora tabasqueña que nos enseñó a redactar correctamente y nos dio a leer *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, *María* de Jorge Isaacs, *La vorágine* de José Eustasio Rivera y la poesía de Rubén Darío. Muchos de mis profesores en los años cincuenta lo habían sido de mi padre. El maestro Piña, por ejemplo, nos ponía a cantar canciones mexicanas del siglo XIX. O el octogenario Daniel Huacuja, académico



Amalia Corona fue mi profesora de primero de primaria, en 1954. Aún percibo su penetrante perfume (una esencia española de las que ya no se usan), sus mejillas polveadas y el carmín que rebasaba la comisura de sus labios. Con ella le perdí el miedo a la aritmética.

de la lengua. Llegaba al salón con su pijama de franela roja visible bajo la valenciana de su pantalón. La suya era una cátedra fascinante de literatura española, desde Gonzalo de Berceo hasta Calderón de la Barca. Me acuerdo de que actuaba los personajes de *Los siete infantes de Lara*. También nos recitaba el poema del Cid. Huacuja había sido discípulo de Guillermo Prieto, el gran cronista liberal del siglo XIX, amigo cercano de Benito Juárez. Tan cercano que en alguna ocasión le salvó la vida. Imagínate la emoción que sentí. Mi maestro era una conexión con Juárez. Así que la historia era, por ambas vertientes, una presencia viva en mi escuela.

¿Y la enseñanza de la historia mexicana en ese colegio? ¿Cómo la asimilaste tú?

Ligada a los héroes y las batallas. Con el tiempo caí en la cuenta de que los profesores de historia mexicana nos transmitían la versión oficial (liberal y revolucionaria), pero lo hacían con pasión y convencimiento. El maestro Roa nos dio un paseo rápido y superficial por la época colonial para luego concentrarse con brío y emoción en la gloria de los insurgentes, el heroísmo de los liberales, la traición de los conservadores, la dictadura de Porfirio Díaz. Tuvimos

una excelente maestra del pasado indígena, apellidada Monroy. Como notaba mi afición por el tema, mi padre (que era amigo de Jorge L. Tamayo, el editor de la correspondencia de Benito Juárez) me regaló una hermosa edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y ya en la adolescencia nos llevó a mi hermano Jaime y a mí a un viaje por la Ruta de la Independencia. Para mí fue memorable: Querétaro, San Miguel de Allende, Guanajuato, Dolores. Fue mi primer «descubrimiento» del México de 1810: las callejuelas, los monumentos y casas históricos, las placas conmemorativas, la emoción de visitar el lugar donde nació la patria mexicana. Y en los trayectos, descubrir los cascos de viejas haciendas y el paisaje mexicano, «no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad», como escribió Alfonso Reyes.

¿Y la historia universal?

Soñaba con ser arqueólogo. Pero gracias a una profesora adelanté unos milenios el reloj. Se llamaba Alicia Huerta. Daba un curso de historia europea en la secundaria. Manejaba esquemas temporales ricos y complejos. Recreaba y explicaba los hechos y períodos con gran viveza. Era notable su recreación de la era napoleónica, por ejemplo. O de la unidad italiana y alemana. Hace algunos años me localizó por azar y me contó una anécdota que me conmovió. Cuando daba clases en el Colegio Israelita, era simultáneamente maestra en el Colegio Alemán, donde tuvo mentores que la formaron en la gran historiografía alemana: Ranke, Burckhardt, Mommsen, etcétera. De ahí provenía su rigor. En algún momento le ofrecieron un aumento sustancial de sueldo y hasta una dirección, a condición de que abandonara sus clases en el Israelita. No aceptó y renunció.

En suma, era una escuela binacional.

Más bien bicultural, mexicana y judía. Intensamente mexicana por el conocimiento de su geografía, su literatura, su lengua, su arte y su historia. Y judía, pero de un judaísmo secular y tradicional ligado a la Europa perdida.

La tradición y la memoria

Según un pasaje del Antiguo Testamento, somos hijos de los abuelos, más que de los padres. Muchas veces son ellos quienes nos educan.

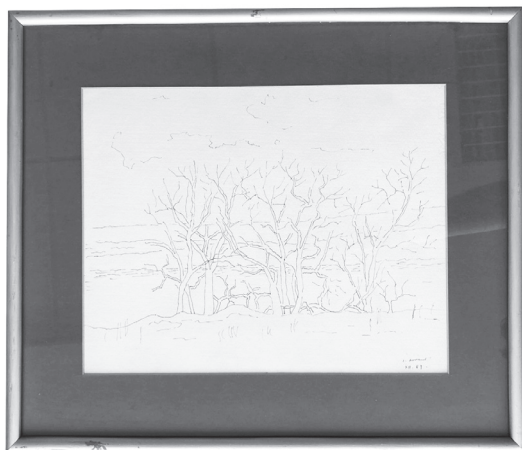
Nos criaron. En mi caso, esa crianza estaba impregnada de respeto a las tradiciones judías, a las costumbres y al pasado judío, al idioma ídish y a su literatura, pero no tanto a la religión.

¿No te hablaban de Polonia, del país de nacimiento que dejaron atrás? Es curioso, porque mi familia paterna y materna, que eran republicanas y sufrieron duramente la represión y el dolor de la Guerra Civil, apenas recordaban conscientemente aquella experiencia. Es como si hubieran querido rehacer su vida desde el olvido.

Les ocurrió algo similar. No hablaban casi de Polonia porque ese hogar suyo, milenario (al que llamaban precisamente *die alte Heim*, que en ídish significa «el viejo hogar»), se había convertido en un vasto cementerio judío, un cementerio no de lápidas sino de cenizas. Las cenizas de sus padres, hermanos, familiares. Pero el interior de sus hogares era un museo de vida cotidiana en Polonia. Parece que lo estoy viendo. Un mobiliario afrancesado, profusión de miniaturas de porcelana y cristal, objetos simbólicos (los candelabros sabatinos, la Mezuzah* resguardando el umbral, la Menorah** en los estantes, la alcancía de color azul cielo con el mapa de Israel), una atmósfera grave y un olor penetrante a comida del Báltico: sopas de betabel, arenques, papas y coles, panes de trenza y el inevitable vaso de té. El trasplante seguía puertas afuera de la casa. Sus hábitos sociales, sus rituales en las fechas clave (el nacimiento, el matrimonio, los partos, la muerte), sus costumbres e instituciones (los casamenteros, los tribunales internos de la comunidad, las cajas de caridad y asistencia), sus recetas de cocina, los oficios que

* *Mezuzah*: palabra que en hebreo significa «jamba». Se trata de un pergamino rectangular en el que están inscritos dos pasajes del Deuteronomio que consignan el dogma fundamental del judaísmo.

** *Menorah*: candelabro de siete brazos que, según la literatura rabínica, simboliza la creación del mundo en siete días y cuya luz central representa el sábado.



Río Bug, Juan Soriano. El orgulloso puente de madera sobre el río, en Wyszków, llevaba a una cabaña en el bosque de Skuszew, donde mi familia paterna pasaba los veranos.

practicaban, sus dolores íntimos y sus pesadillas, su sentido del humor y, desde luego, el *ídish*, la lengua en la que hablaban, escribían y leían, todo ello los remitía a la vida judía en las ciudades y pueblos de Polonia. Mis abuelos paternos provenían de Wyszków, un pueblo cercano a Varsovia; los maternos de Białystok, una dinámica ciudad textil en la frontera con Rusia.

Volviendo al precedente colonial y español del que hemos hablado, noto quizá una diferencia marcada con lo que estás diciendo. Dices que tus abuelos no hablaban de Polonia. En cambio los judíos sefardíes siempre añoraron España. La conservaron en la memoria, en la poesía, en la lengua, el ladinio, que es un español del siglo XV...

La comparación viene al caso. No, mi familia nunca añoró Polonia, ni quiso volver a Polonia. Pero no olvidemos que por casi diez siglos los judíos en Polonia habían vivido pacíficamente, aislados en el espacio y el tiempo, anclados en su fe, hablando *ídish*. Por algo Polonia tenía la mayor concentración de judíos en Europa. Y por eso sí existió una vasta literatura nostálgica de la vida de los pueblitos y las ciudades habitadas por los judíos. Después del Holocausto, los sobrevivientes editaron libros conmemorativos de cada pueblo o ciudad, con imágenes y testimonios. Yo conservo, por ejemplo, el de Białystok. Y se escribieron novelas, historias, poemas. Pero casi todos están en *ídish*. Solo unos cuantos escritores como Isaac Bashevis Singer lograron que su testimonio llegara a otras lenguas. Así que en ese sentido no hay gran diferencia entre la nostalgia por la Sefarad perdida y la nostalgia por la Polonia judía, no perdida

sino desaparecida. Buena parte de la biblioteca de mi abuelo la constituyen esos libros de remembranza doliente, ecos de Jeremías ante la Jerusalén destruida. Libros sin lectores. Al menos la poesía nostálgica en ladino ha llegado a nuestros días, cinco siglos después.

La vida tradicional que me describes muestra una fuerte carga religiosa. ¿Estoy en lo cierto? ¿Hay diferencia entre tradición y religión?

Diferencia importante. Una vida de un judío religioso rige cada día y casi cada hora. Hay 613 preceptos que el judío religioso debe cumplir. Yo casi los desconozco. En mi caso, el cumplimiento religioso se limitaba a asistir a la sinagoga con mi familia materna en ocasión de las fiestas mayores de fin de año (Rosh Hashaná, Yom Kippur). Había varias sinagogas cercanas. Una de ellas, muy humilde, llamada Etz Haim («El árbol de la vida»), aún está de pie, a unos pasos, en esta calle de Ámsterdam. La frecuentaban judíos sumamente ortodoxos, principalmente de origen húngaro. Me sentaba con mi abuelo José Kleinbort y me impresionaba escuchar la melodía del *Kol Nidré*, plegaria que abre la noche del Yom Kippur, el Día del Perdón. Hay una hermosa suite para chelo y orquesta de Max Bruch basada en ella. Pero sobre todo me impresionaba la dramática concentración de los ancianos envueltos en su *talit* (el chal litúrgico), leyendo los rollos del libro sagrado, la Torá. Era como una estampa medieval. Esa es la religión. La tradición es otra cosa. La tradición es el cumplimiento, en el ámbito familiar, de ciertas fechas míticas y algunas históricas de las que da cuenta la Biblia. Su contenido es más cultural que religioso. Una rutina histórica, genuina y gozosa. Lo que subyacía en ella no



Cementerio judío, dibujo que me regaló Soriano tras una visita al pueblo de mis abuelos paternos.

eran los ritos y los dogmas religiosos sino el espíritu de pertenencia a un pueblo milenario que había resistido las mayores pruebas y seguía en pie. Déjame ponerte el ejemplo de mi abuelo Saúl, el spinozista. Celebraba aquellas fechas con una cena regia preparada por su esposa Clara en la que toleraba que se dijeran rápidamente dos o tres plegarias. Nada más. Que yo recuerde, únicamente pisó una sinagoga el día de mi Bar Mitzvá. Ese día Saúl me dijo: «Solo vine por tratarse de ti. Yo no creo en estas cosas». Simplemente no creía en el Dios de los ejércitos sino en el Dios de la naturaleza, en el Dios de Spinoza. En cambio mi bisabuela Dora, ya muy viejita, que estaba entre el público, me dijo: «Quiero que seas rabino». Cariñosamente, me negué. Ahí tienes la distinción entre religión y tradición.

¿Qué papel jugaban las abuelas? ¿Eran las guardianas de la fe y la tradición?

De la fe, no tanto. De la tradición, sin duda. Eugenia (Gueña), mi abuela materna, fue una mujer bella y refinada, con un aire de aristócrata polaca. Gueña solo iba a la sinagoga en las fiestas religiosas mayores, pero no cocinaba Kosher. Había sido ávida lectora de literatura rusa y era lo suficientemente abierta como para inscribir



Mi abuela Clara no era religiosa, pero sabía honrar las fiestas con talento culinario.

a mi madre, su única hija, en la Academia Maddox, no en el Colegio Israelita. Ahí aprendió su excelente inglés y estudió letras inglesas. Eso sí, para guardar la tradición, cada viernes en la noche Gueña cumplía puntualmente con la ceremonia de Shabat. Tras encender las velas y pronunciar sus rezos con las manos cubriendo sus ojos, nos hablaba por teléfono para desearnos en ídish *A gut Shabbes*, «Buen Shabat». Clara,

mi abuela paterna, no respetaba ni el Shabat, pero paradójicamente era más tradicionalista. Aplicaba su genio culinario a preparar manjares judíos típicos en dos fiestas significativas consignadas en la Biblia: el Purim y el Pésaj. Cuando recuerdo los banquetes de mi abuela Clara me asalta una nostalgia. Un festival de patos, gansos, pollos, corderos, pescados, compotas, galletas, pasteles.

¿Tus padres guardaban la tradición?

Solo para acompañar a los abuelos. Mis padres estaban plenamente integrados a la vida mexicana en todos los ámbitos (sociales, culturales, materiales), salvo en el credo religioso. Ya hablamos de Moisés, mi padre. Helen, mi madre, trabajó por un tiempo en el Comité Central Israelita, pero desde los años cincuenta comenzó una carrera de periodista de páginas sociales, haciendo entrevistas con un enfoque biográfico y cultural a protagonistas del contexto político, artístico y empresarial. Ejercería esa profesión por más de medio siglo. Y entrevistó a personajes en muchas partes del mundo. Esa curiosidad por el otro, por los otros, me la heredó. No tanto la condición de judía errante. Judío sí, errante no.

Has escrito tantas biografías, pero no la de tus abuelas y abuelos. ¿Escribiste sobre ellos alguna vez?

Yo fui formando un archivo familiar que no es solo un álbum de fotos y recuerdos color de rosa sino de aspectos y episodios dolorosos, conflictivos, en la vida personal de mis abuelos y abuelas. Muchas de esas historias no corresponden a nuestro tema porque lo que trato de darte es una imagen de su influencia en mi vida tal como ahora, honestamente, la veo. Al evocar esa influencia es probable que los esté idealizando, pero genuinamente recuerdo esos tiempos como una edad dorada junto con mis abuelas y abuelos. Me nubla la vista el amor que les tenía y que me tenían. Por otro lado, me ha sido difícil escribir sobre ellos, sobre todo de mis abuelas. Me refiero a perfilar sus vidas reales, no cómo yo las veía o cómo creo que me marcaron. Quizá algún día lo haré. Pero ahora que recuerdo, hace muchos años publiqué un pequeño texto en *Vuelta*, al que titulé «México en dos abuelos» porque refería el distinto modo



Mi abuelo Saúl, el sastre. «Tengo mis diez dedos, y eso me basta», era su frase.

en que arraigaron en el país que les dio refugio. Ambos apreciaban cada segundo y cada espacio de libertad. Saúl podía darse el lujo de leer y opinar a sus anchas, de no ir a la sinagoga, de ser vagamente herético. José, melancólico y solitario, vivió otro tipo de libertad, la libertad de movimiento. Con un asombro permanente viajó en tren por el país vendiendo prendas de su pequeña bonetería. También en Polonia solía viajar, pero, de haberse quedado, los trenes lo habrían conducido a un destino distinto y final. En ese pequeño ensayo quise sugerir el modo en que mis abuelos Saúl y José representaban la memoria. A Saúl lo veía cada viernes por la tarde en su casa, salíamos a veces al Parque México (que él llamaba «mi jardín») y yo lo escuchaba hablar de Spinoza y recordar su pasado socialista. Esos eran sus dos temas preferidos. Saúl era la memoria viva. Pero José era la memoria evanescente. Permíteme leerte este fragmento de aquel texto:

A fines de los cincuenta empezó a olvidar nombres de personas cercanas. Siempre creíamos, equivocadamente, que lo aquejaba una prematura arteriosclerosis cerebral. Algo involucionaba en él, retrayéndolo siglos. Al acercarse sus sesenta años optó por volverse –como su padre– un hombre profundamente religioso: se dejó crecer una brevísima barba

y cambió su manera de vestir para asemejarla a la del rabino Avigdor al que admiraba. Asistía dos veces al día a la vieja sinagoga de la calle Yucatán, donde oficiaba Avigdor, pero esa frecuencia le parecía insuficiente. Entonces comenzó a llegar en la madrugada y de noche pretendía quedarse a dormir en las bancas. Leía continuamente libros de plegarias, confundía todos los libros con devocionarios, recitaba versículos frente a las ventanas y dio en un hábito que nos conmovía: hablaba cantando, rezando.

El mundo apagaba su sentido. ¿Él lo sabía, lo entendía? Cuando las voces cesaron de comunicarle, cuando él mismo entró en una campana definitiva de silencio, lo rescató, de nueva cuenta, la provincia y la naturaleza del país. En un asilo de ancianos de Cuernavaca, pasaba las horas bebiendo con placidez el verde de los árboles, inmenso como los laureles de Oaxaca. Para devolverle en algo su identidad, quise enseñarle de nuevo a leer y comenzamos por su nombre. En súbitas oleadas de lucidez lo escribía sin reconocerse, solo para admirar los rasgos caligráficos. Su mayor placer terminó por ser oral: la lenta masticación de las prodigiosas frutas mexicanas.

Tenía Alzheimer.

Sí. Bueno, pues yo atribuyo un poco mi vocación por el pasado a mi vínculo con mis abuelos: Saúl, que era la memoria viva; José, el que perdió la memoria.



En México, José conoció otro tipo de libertad: la libertad como gratuidad, como generosidad de la tierra: floración de atmósferas, arquitecturas, colores, frutos y sonidos.